

La suite del humor

El humor en la narrativa de la Franja: entre el surrealismo, la sorpresa y la ingenuidad.

Mario Sasot Escuer

La Franja ha dado uigerosos narradores que han creado historias sobre el tejido de una rica tradición oral y de un peculiar sentido del humor

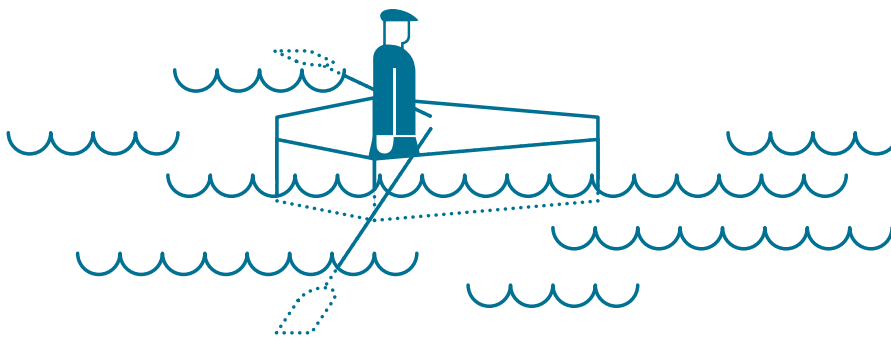


ILUSTRACIÓN: El ataúd del tío Dalmau (Óscar Baiges)

Si hay un tema que impregna buena parte de la literatura aragonesa en lengua catalana es el humor. O, más en concreto, el especial uso del humor y la ironía, marcados con tintes primarios, entre maliciosos e ingenuos, en un intento de los autores de recrear la idiosincrasia de unos personajes que viven en una especial situación de marginalidad o aislamiento. En otras ocasiones la sonrisa, más o menos benévola, le llega al lector por la vía del absurdo o de situaciones surrealistas, sorprendentes, tradición de la que el arte aragonés no anda falto. Por otra parte, la misma situación de bilingüismo (o de diglosia) en las tierras de la Franja puede producir en su literatura escenas llenas de equívocos, confusión, dobles interpretaciones o de contraste social entre los autóctonos (catalanohablantes) y señoritos o forasteros (castellanohablantes) que causan una incontenible hilaridad.

Este humor, que aparece en casi toda la narrativa corta, en fragmentos novelescos y una parte de la poesía de las obras publicadas en las cuatro últimas décadas en torno a la Franja, guarda una clara relación de continuidad con la larga y antigua tradición de oralidad en nuestras tierras, el arte de contar historias, cuentos tradicionales, anécdotas

chocantes, *xerradurries* (habladurías), etc. que desde tiempo inmemorial han circulado y circulan por las calles, las plazas, en los patios de las casas o en las mesas de los bares, tomando el fresco en las noches de verano o durante las largas tardes y noches del invierno.

“ El humor crece en expresividad a través de los localismos de la zona. ”

Narradores de reconocida calidad literaria como Jesús Moncada (Mequinensa, 1941-Barcelona 1995) y Josep Antoni Chauvell (El Campell, 1956) se han revelado como unos magníficos contadores de historias, un género corto en extensión pero no menor, que han cultivado también autores como Lluís Rajadell (Vall-de roures, 1965) y Josep Galán (Fraga, 1948).

Todos ellos han hecho patente en sus escritos la idiosincrasia de nuestros pueblos, sus tradiciones, sus inveterados defectos y, sobre todo, su descarnado sentido del humor, que lleva a sus habitantes a reírse de su propia sombra y, especialmente, de la de sus conciudadanos.

Este humor consigue una gran efectividad a través del propio lenguaje de la zona. Las expresiones locales, modismos, determinadas palabras especialmente cáusticas y expresivas, frases acuñadas dentro de una larga tradición oral con alusiones a cuentos o canciones populares son el material básico y las herramientas habituales que estos escritores emplean para conseguir la sonrisa del lector.

Chauvell utiliza, por ejemplo, en los cuentos de *La flor del ram*, un importante conjunto de frases coloquiales y modismos muy arraigados en las tierras de La Franja y que contienen una fuerte carga irónica. Así, tenemos modismos tan expresivos como “*muts i a la gàbia* (punto en boca)”, “*tocar el dos* (largarse rápidamente de un lugar)”, “*no dir ni piu ni pau* (no decir ni pío)”; y descripciones físicas personales mediante comparaciones hiperbólicas del tipo: “era más delgado que la caña de la doctrina”, “estaba más seco que los pies del Cirineo”, “largo como un mal año”, “come igual que si mascarara agujas”, o “caliente como un burro viejo”. Todas estas imágenes, llenas de plasticidad, ayudan a describir situaciones y personajes y a crear la atmósfera de comicidad buscada por el autor.

Pero encontramos muchos otros procedimientos. La técnica del monó-

logo como recurso humorístico, por ejemplo, es utilizada por Chauvell en el relato “Monólogo de un albañil”¹ y por Moncada en cuentos como “Palabras desde un olivo”². En ellos estos autores dejan al personaje solo ante su estulticia, que queda así más palmaria. El protagonista, sin un interlocutor que lo contenga y le haga ver su vanidad o sinsentido, se va creciendo hasta estallar frente a su propia inconsistencia.

“ Moncada hace de la muerte algo desacralizado y cotidiano. ”

Las clásicas situaciones de malentendido, equívocos; los finales de historia como consecuencia de una situación límite (la gota que colma el vaso); el suspense, la intriga, la paradoja, la tensión erótico-sexual o escatológica, el retrato de la inocencia y la ingenuidad de personajes simples, la crítica social o política o la bondadosa reprensión de vicios o debilidades humanas como la tacañería, el egoísmo, etcétera —recursos por otra parte clásicos en toda la literatura universal— han sido también utilizados en la Franja para causar hilaridad.

A veces el tono surrealista y desconcertante llega por la vía macabra, con la Muerte o muertos concretos de por medio.

En el relato de Chauvell “Lo peor de las cosas”³ después de que la desgracia se ha adueñado de una familia matando en poco tiempo de diversas enfermedades a tres de sus miembros varones, la mujer más vieja de la casa se consuela pensando que es una suerte que la desgracia se hubiera encarnizando con las personas. Y ahora abro comillas: “porque si le llega a dar por los animales, deja esta casa arruinada para siempre.”

Pero quien hace de la muerte un elemento desacralizado y cotidiano por antonomasia y una fuente inagotable de situaciones chocantes y surrealistas es Jesús Moncada, de quien precisamente en este 2015 se cumplen 10 años de la suya propia y a quien desde aquí queremos rendir nuestro pequeño homenaje. En su relato “Responso y sepelio de Nicolau Vilaplana”⁴ la comitiva de un entierro se detiene para que los asistentes puedan ver el final de un partido de fútbol y para que el difunto, gran aficionado al balón, pueda disfrutar del espectáculo. En otro cuento, titulado “Aniversari”⁵ el ataúd del tío *Dalmau*, mítico navegante fluvial, es arrastrado del catafalco instalado en la entrada de su casa hasta el Ebro por una intensa lluvia y de allí la insólita nave se desliza suavemente río abajo sin chocar con ningún obstáculo gracias a la pericia del fallecido piloto. En “Senyora mort”⁶ otro avezado conductor de laúdes, Miguel Garrigues, se ofrece a la Parca para conducir la barca del viejo Caronte y permitir que este descanse los fines de semana.

“ El humor actúa a veces como suavizante de las tensiones dramáticas. ”

En otras ocasiones el humor moncadiano se encuentra en la anécdota, en lo absurdo o chocante de una situación, como en el cuento “La plaga de la ribera”⁷ donde un delincuente de mala fortuna es adjudicado a una familia entre los objetos desalojados de las dependencias del Ayuntamiento por encontrarse el edificio en ruinas.

La comicidad encierra a veces una intención didáctico-moral de condena o escarnio de los vicios inherentes a la

condición humana (la avaricia, la tacañería, el egoísmo...) como en las viejas fábulas desde Esopo a Samaniego. En el “Informe provisional de la correguda d’Elies”⁸ el protagonista bate todos los récords de velocidad por alcanzar al autocar de línea y anular el encargo de compra de una medicina para su mujer, una vez le hubo comunicado el médico que la enfermedad de esta era incurable.

El robo en el huerto de un vecino, en el citado “Palabras desde un olivo”, es tratado con un humor exagerado, corrosivo, con recuerdos de astracanada, pero al tiempo Moncada despliega toneladas de piedad y comprensión hacia el personaje del monólogo, el ladrón, descrito personalmente con leve ironía y cierto cariño.

Porque el humor actúa también en Moncada como un suavizante de las tensiones dramáticas o de lenitivo en las historias de más acendrada crítica social (al clero, al franquismo y sus instituciones, etc.). A veces ayuda a desdramatizar, mediante técnicas de distanciamiento, el dolor y la rabia que produjo en el autor y sus conciudadanos la pérdida de su pueblo, desaparecido bajo las aguas de un pantano. En otras, permite tratar con cariño a los personajes descubriendo la velada simpatía que siente el escritor por todas sus criaturas, incluso por las más anti-páticas o culpables.

El humor, en definitiva, es un instrumento que utilizan los autores de esta y otras literaturas para observar y preservar los hechos cotidianos, las costumbres de un mundo rural, marginal geográficamente y con raíces temporalmente ancestrales, de cuando dichos autores eran pequeños y que hoy está a punto de desaparecer. Y mediante estos recursos caricaturescos consiguen reflejar este espíritu contradictorio: ácido y áspero en ocasiones, pero vitalista, generoso y lúcido siempre, de la gente de frontera, acostumbrada a pelear entre la espada y la pared, entre troyanos y mujeres de la Franja.

1 CHAUVPELL, Jesep-Antoni, “Monòleg d’un paleta”. Del libro *La flor del ram*. Pagès Editors. Lleida, 1995

2 MONCADA, Jesús, “Paraules des d’un Oliver”. Del libro *El café de la Granota*, Edicions de la Magrana, Barcelona, 1989.

3 CHAUVPELL, “El pitjor de les coses”, Op. Cit.

4 MONCADA “Absoltes i sepeli de Nicolau Vilaplana” Op. Cit.

5 MONCADA, Jesús, del libro *Històries de la mà esquerra*, Edicions de La Magrana, Barcelona, 1988.

6 MONCADA, Jesús. Del libro *El café de la Granota*, Edicions de la Magrana, Barcelona, 1989.

7 MONCADA, Jesús. Op. Cit.

8 MONCADA, Jesús. Op. Cit.